

do su asercion unánime, depuso y probó que Claudio habia ido á consultarle la misma noche pocos momentos antes de la celebridad de los misterios? La asercion de la coartada quedó desvanecida, y la ingratitude de Ciceron hácia el que tanto tiempo habia defendido contra sus enemigos, lo alejaba para siempre de Clodia y de su hermano.

Continuaba el litigio; y citado Cesar para presentar su testimonio, no quiso ni culpar ni disculpar á su esposa. Cuando se le preguntó por qué la habia repudiado, la muger de César, respondió: «Ni siquiera puede ser objeto de una sospecha.» En medio de los vicios, cuyo contagio habia comunicado á este gran hombre la decadencia de la república, se advertia en él una sangre fria, una dignidad maravillosa en las ocasiones críticas, un dominio sobre sí y una nobleza de alma que anunciaba al dueño del mundo. Advirtiéndole Claudio que si se seguian los trámites de la justicia, se le reservaba un castigo infamatorio, se aprovechó de su libertad para sublevar al pueblo. Tuvo á sueldo al populacho, armó á los esclavos, amagó á los tribunos, y á los magistrados les mostró antorchas y cuchillas, listas á reducir á sangre y fuego la ciudad, y arrancó á los jueces espantados un fallo concebido en términos ambiguos y que dejaban entrever la culpabilidad del acusado, sin atreverse á castigarlo.

Pompeya, cuyas intrigas y errores no pararon allí, y á quien no seguiremos en su carrera galante, habia predispuesto á César contra las mugeres coquetas y voluptuosas. El nuevo objeto de su eleccion fué Calpurnia, hija de Lucio Pison, su aliado político, y descendiente de Numa Pompilio. Bien advirtió el severo Caton, que contrayendo César alianzas semejantes, queria consolidar su poder y aumentar su crédito. «¡Qué vergüenza! exclamaba: esos casamientos no son sino mercantiles: nupcias, con cuyo medio se apoderan de la república!»

Era severa la censura de Caton: aun cuando la ambicion del futuro dictador no hubiese visto que le tenia cuenta esta nueva alianza, Calpurnia era digna de él; ella le amaba. Bella, prudente, elocuente y pura, apreciaba dignamente, comprendia la grandeza de César; grandeza que brillaba en medio de sus vicios y talentos, que lo distinguian de sus contemporáneos. ¡En efecto, qué hombre, y qué corazon de muger no se hubiera animado de entusiasmo al aspecto de aquel, que